



4

El Jesús de la historia

1. JESUS DE NAZARET

Pero... ¿ha existido en realidad Jesús de Nazaret? La pregunta puede parecer innecesaria para el creyente cristiano que, por el hecho de serlo, da por supuesto que sí, aun sin detenerse a estudiar los detalles del problema. Pese a todo, tanto el cristiano como el ateo, o el perteneciente a otra confesión religiosa, suelen formularse alguna vez este interrogante sin disponer normalmente de la necesaria información.

Podemos decir que la cuestión de la existencia de Jesús no se plantea de forma notable hasta finales del siglo XVIII, aunque el tema llegue a comienzos del XX. Bruno Bauer defendió que Jesús era sólo «una idea» predicada por los evangelizadores. Arthur Drews (1909) lo consideró como puro «mito del Cristo», al igual que el inglés J. M. Robertson y el matemático americano W. B. Smith.

Casi se puede afirmar que desde entonces *la existencia histórica de Jesús no se ha visto discutida por ningún investigador serio*. Escritores nada solventes han dicho cosas extrañas sobre él: hijo de Herodes, extraterrestre, psicópata, mito astral, casado en secreto... y teorías semejantes. J. M. Allegro interpreta a Jesús como la denominación de un hongo de mosca alucinógeno (*amanita muscaria*), que era empleado, según él, en los ritos de los primeros cristianos.

Sin embargo, además de otras razones, explicar el origen del cristianismo sin Cristo resulta no sólo excesivamente complicado, sino prácticamente tan imposible como explicar una hoguera sin una primera chispa.

Alguien tan competente en estos temas como Johannes Leiboldt dice: «... La realidad efectiva de la vida de Jesús podemos comprobarla con las mejores razones que la

ciencia pura posee en tales investigaciones». Rudolf Bultmann, uno de los críticos más radicales de las fuentes evangélicas, se expresa así: «Desde luego, la duda de si Jesús ha existido realmente carece de fundamento y no merece ni una sola palabra de réplica. Queda plenamente claro que Jesús está, como autor, detrás del movimiento histórico cuyo primer estadio palpable lo tenemos en la más antigua comunidad palestinese».

Jesús de Nazaret no es un mito. *Su historia se puede localizar y datar*. Y, aunque no podamos llegar a la última concreción, el número de kilómetros cuadrados o de años en los que se le enmarca es muy reducido.

En consecuencia, el objetivo del tema será tratar de traducir a fechas concretas de nuestro calendario la imprecisa frase evangélica «en aquel tiempo».

2. EN AQUEL TIEMPO

Para situar a Jesús de Nazaret en el tiempo, se emplean toda clase de documentos: historiadores romanos y judíos, arqueología, escritos religiosos judíos y, por supuesto, los evangelios y cartas de los primeros cristianos. No hace falta aclarar que los evangelios no son tratados de historia en el sentido moderno de la palabra; además, ni siquiera nos dan grandes precisiones cronológicas o geográficas. Pero, aun así, son documentos con un valor histórico, que coinciden con los que nos da la historia. Los evangelios *no son simples informes, pero también contienen informes y se basan en informes sobre el Jesús real*.

Los principales pasajes evangélicos que nos dan algún dato cronológico son: Lc 1, 5 (en los días de Herodes, rey de Judea); Mt 2, 2 (vimos su estrella en oriente); Lc 2, 1-7 (edicto de César Augusto; Cirino, gobernador de Siria, hace un censo); Lc 3, 1-3 (Juan comienza a



predicar el año 15 de Tiberio; Poncio Pilato, los tetrarcas, Anás, Caifás); Lc 3, 23 (Jesús tenía unos 30 años); Lc 23, 54 (era el día de la preparación y apuntaba el sábado)...

2.1. Jesús no nació en el año 1

En el imperio romano los años se contaban desde la fundación de Roma, que convencionalmente se fija en el 753 a. C. Fue el monje Dionisio el Exiguo el que, en el siglo VI, calculó, con los datos que poseía en su época, que Jesús habría nacido en el 754 de Roma, y, por tanto, que ése era el año 1 de nuestro calendario. Hoy conocemos un detalle que aquel monje desconocía y que modifica la datación: *Herodes I el Grande*, bajo cuyo reinado nació Jesús, *murió el año 4 a. C.* Según esto, lo seguro es que *el nacimiento de Jesús tuvo lugar antes del referido año 4 a. C.* Si, además, tenemos en cuenta toda una serie de indicios, podemos colocar con muchísima probabilidad el nacimiento de Jesús entre el final del año 7 a. C. y los comienzos del 6 a. C. Los años de nuestros actuales calendarios no son, por tanto, la distancia exacta que nos separa de la aparición de Jesús. Que el hecho tuviese lugar en tiempo del emperador Octavio César Augusto encaja perfectamente, ya que gobernó desde el 30 a. C. hasta el 14 d. C.

La «estrella de los magos» ha representado un papel tradicional desde los tiempos del gran astrónomo J. Kepler. Los cálculos astronómicos han demostrado que en el año 7 a. C. ocurrió una gran conjunción de Júpiter y Saturno en la constelación Piscis. La astrología antigua considera a Júpiter como el astro rey, a Saturno como el astro de los judíos y a Piscis se la relaciona con el final de los tiempos. La interpretación astrológica del fenómeno astronómico fue ésta: «En el país de los judíos ha nacido el rey de los últimos tiempos». Las coincidencias son tentadoras: la fecha en la que probablemente nació Jesús y una interpretación, hecha por no cristianos, que es perfectamente aplicable a él.

Los expertos en la biblia, sin embargo, juzgan lo anterior como mera coincidencia, indicándonos que *la estrella a la que se refiere*

Mateo solo es una forma literaria (poética, podríamos decir) y no un fenómeno astronómico real. Por otra parte, era normal hablar de una estrella en el nacimiento de grandes hombres: Abrahán, Alejandro, César... El cometa Halley, al que algunos hacen alusión, pasó en el año 12 a. C.; fecha, por tanto, bastante alejada de la que nos interesa.

Conviene también recordar que la celebración de la navidad, *el 25 de diciembre*, se establece tan sólo a finales del reinado de Constantino II (seguro desde el año 354 d. C.) y *nada tiene que ver con la fecha y el mes concretos en que realmente tuviera lugar el nacimiento*. El día 25 era la fiesta romana del «sol renaciente e invencible», por ser el solsticio de invierno, es decir, el momento en que la fuerza solar crece de nuevo. El más antiguo mosaico cristiano conocido (s. III) representa a Cristo-sol en su carro.

Los relatos de la infancia de Jesús, por su especial género literario, son «difíciles de leer», pues aunque aparenten ser relatos folklóricos, *son en realidad teología de alto nivel*. Desde luego, no se pueden leer como si fueran literariamente «historia». Además, a todo ello se suman muchos elementos tradicionales conocidos por todos, que provienen de evangelios apócrifos como, por ejemplo, los nombres de los «reyes magos», los de Joaquín y Ana (padres de María), etc.

Sobre la fecha del empadronamiento que habría motivado que Jesús naciese en Belén, nada sabemos con certeza. Unos tratan de situarlo en el año 7 a. C.; otros, como el historiador judío Flavio Josefo, en el 6d. C. La dificultad está en que *no sabemos que Cinno fuera gobernador de Siria en tiempo de Herodes I*, como parece deducirse del evangelio de Lucas. Tertuliano dice que este empadronamiento general lo mandó hacer Sentio Saturnino, del cual sí sabemos que fue gobernador de Siria entre los años 9 y 6 a. C. La dificultad desde luego carece de importancia, siendo muchas las explicaciones aceptables que se dan para solucionarla.



2.2. Jesús comienza a predicar

La única fecha exacta que los evangelios nos dan no se refiere a Jesús, sino a Juan el bautista, personaje citado también por el historiador Flavio Josefo (Ant., 18; 5, 2).

En Lc 3, 1 s., se nos cuenta que «en el año 15 de Tiberio César, siendo Poncio Pilato procurador de Judea y Herodes, tetrarca de Galilea; Filipo, su hermano, tetrarca de Iturea y Traconítida, y Lisaniás, tetrarca de Abilene; en el pontificado de Anás y Caifás, fue dirigida la palabra de Dios a Juan, hijo de Zacarías, en el desierto; y se fue por toda la región del Jordán proclamando un bautismo de conversión para el perdón de los pecados».

Todos los nombres indicados coinciden perfectamente con la fecha que se señala. Tiberio César sucedió a Octavio el 19 de agosto del año 14 d. C., y si se nos dice que llevaba 15 años reinando, una simple suma nos da el año 29 d. C.; pero si nos atenemos, como es lo más lógico, al modo de contar en Siria, equivaldría a septiembre del 27 d. C. Resumiendo: lo seguro es que, el año 28 de nuestra era, Juan bautista andaba predicando. Del resto de las personas citadas podemos decir que Poncio Pilato fue prefecto o procurador romano desde el año 26 d. C. hasta el 37 d. C.; Herodes Antipas, el que interviene en la muerte de Jesús, gobernó desde el año 4 a. C. hasta el 39 d. C.; Filipo lo hizo desde el 4 a. C. al 34 d. C.; Anás fue sumo sacerdote desde el año 6 d. C. al 15 d. C., y Caifás del 18 al 37 d. C.

Si suponemos que la predicación de Jesús se inició poco después que la del bautista, quizá ya en el año 28 de nuestro calendario comenzase la «vida pública». La duración de la predicación de Jesús debió ser de unos dos años o tal vez menos.

En Lc 3, 23, se nos dice que Jesús, al comenzar, tenía «unos 30 años». El dato, tomado al pie de la letra, nos daría pistas para averiguar otras fechas; sin embargo, *la frase parece que hay que entenderla en sentido simbólico, no matemático.* Así, cuando José comienza su actividad en Egipto, tiene 30 años (Gn 41,46); cuando empieza a reinar David, tiene 30 años (2 Sm 5, 4); cuando Ezequiel recibe la vocación profética, tiene 30 años (Ez

1,1). Todo parece indicar que «30 años» hay que traducirlo simplemente como «la edad ideal para comenzar una misión».

En realidad, Jesús tendría más años por aquel entonces. La cifra de 33 años que se atribuye a la duración de su vida estaría compuesta de 30 años, cuando empezó, y 3 de predicación. Como vemos, ninguna de las dos cifras es correcta.

2.3. Cuándo murió Jesús

Todos los evangelistas coinciden en que era viernes, «día de preparación, víspera del sábado». Dado que en aquella época el día se contaba de puesta a puesta del sol, este viernes (desde las seis de la tarde del jueves hasta las seis de la tarde del viernes) abarca todo el desarrollo de los acontecimientos: última cena, juicio, crucifixión y entierro. Sin embargo, los tres evangelios sinópticos afirman que eso tuvo lugar el día 13 de Nisán y Juan señala que fue el 14 del mismo mes.

La cronología astronómica da por seguro que ni el 14 ni el 15 de Nisán cayeron en viernes en los años 28, 29 y 32. Es decir, que en esos años no pudo ocurrir la muerte de Jesús. Se constata también que el 7 de abril del año 30 y el 3 de abril del 33 fueron viernes y, probablemente, 14 de Nisán. Esto daría la razón a Juan, pero no excluye por completo la posibilidad de que el viernes 27 de abril del año 31 y el viernes 7 de abril del año 30 fueran día 15. Así tendrían razón los sinópticos.

Lo más aceptado es que Jesús murió el 7 de abril del año 30, sin entrar a decidir si era día 14 o día 15. La fecha admisible más lejana para la muerte de Jesús sería el 5 de abril del año 33. Todavía hoy *celebramos la semana santa siguiendo el calendario lunar* (el sábado siguiente al primer plenilunio de primavera); por esta razón no cae siempre en las mismas fechas del calendario.

Según todo lo anterior, Jesús tendría al morir de 36 a 39 años ($6 + 30 = 36$). Y *la frase evangélica «en aquel tiempo» queda concretada como topes máximos entre los años 7 a. C. y 33 d. C.*

3. DOCUMENTOS NO CRISTIANOS SOBRE JESUS

Tenemos también algunos testimonios, generalmente anticristianos, acerca de Jesús. Son pocos, porque toda la tradición histórico-literaria de la época imperial se ha perdido, con excepción de Suetonio y Tácito. No sabemos lo que dirían los demás historiadores, pero desde luego podemos pensar lógicamente que la gran historia universal apenas se fijaría en Jesús de Nazaret o en los cristianos.

3.1. Suetonio escribe en el año 120 sobre los sucesos del año 51 y dice que «el emperador Claudio expulsó de Roma a los judíos porque, *por la influencia de Cresto*, llegaron a ser causa permanente de desorden» (*Vita Claudii*, 25, 4). El hecho se cita también en Hch 18, 2. Es igualmente seguro que la letra «e» la leían como «i».

3.2. Tácito, el gran historiador romano, en un texto del año 117, escribe a propósito del incendio de Roma, ocurrido en el año 64, cuando ardieron las tres cuartas partes de la ciudad y la gente lo atribuyó a Nerón que quería reconstruirla:

«Para acabar con este rumor, Nerón tachó de culpables y castigó con refinados tormentos a esos que eran detestables por sus abominaciones y que la gente llamaba cristianos (*chrestiani*). Este nombre les viene de *Cristo*, que había sido entregado al suplicio por el procurador Poncio Pilato durante el principado de Tiberio. Reprimida de momento esta detestable superstición, surgía de nuevo, no sólo en *Judea*, donde había nacido aquel mal, sino también en Roma, en donde desemboca y encuentra numerosa clientela todo lo que hay de más vergonzoso y criminal en el mundo



„Piedra descubierta en Cesarea con el nombre de Poncio Pilato.

Empezaron, pues, a apresar a los que confesaban su fe; luego, basándose en sus declaraciones, cogieron a otros muchos que fueron convictos no tanto del crimen de incendio como de odio contra el género humano. No se contentaron con matarlos, sino que se ideó el juego de revestirlos con pieles de animales para que fueran desgarrados por los dientes de los perros, o bien los crucificaban, los embadurnaban de materias inflamables y, al llegar la noche, iluminaban las tinieblas como si fuesen antorchas. Nerón abrió sus jardines para este espectáculo y daba juegos en el circo, vistiéndose unas veces de cochero, mezclándose otras con el populacho o participando en las carreras, de pie sobre su carro. Por eso, aunque aquella gente era culpable y digna de los castigos más rigurosos, muchos se compadecían de ellos diciendo que les hacían desaparecer no por interés público, sino para satisfacer la crueldad de uno solo».

No sabemos de dónde sacó Tácito esta información, si de lo que decía la gente, de lo que contaban los mismos cristianos o de los archivos del imperio.

3.3. Plinio el Joven, legado imperial en las provincias próximas al Mar Negro, escribe consultando a Trajano en el año 110/112:

«Es costumbre en mí, señor, darte cuenta de todo asunto que me ofrece dudas. ¿Quién, en efecto, puede mejor dirigirme en mis vacilaciones o instruirme en mi ignorancia? Nunca he asistido a procesos de cristianos.-De ahí que ignore qué sea costumbre, y hasta qué grado, castigar o investigar tales casos. Ni fue tampoco mediana mi perplejidad sobre si debe hacerse alguna diferencia de las edades, o nada tenga que ver tratarse de muchachos de tierna edad o de gentes más robustas; si se puede perdonar al que se arrepiente o nada le valga a quien en absoluto fue cristiano haber dejado de serlo; si hay, en fin, que castigar el nombre mismo, aun cuando ningún hecho vergonzoso le acompaña, o sólo los crímenes que pueden ir anejos al nombre. Por de pronto, respecto a los que eran delatados a mí como cristianos, he seguido el procedimiento siguiente: empecé por interrogarles a ellos mismos. Si confesaban ser cristianos, los volvía a interrogar segunda y



tercera vez con amenaza de suplicio. A los que persistían, los mandé ejecutar, pues fuera lo que fuere lo que confesaban, lo que no ofrecía duda es que su pertinacia y obstinación inflexible tenían que ser castigadas. Otros hubo, atacados de semejante locura, de los que, por ser ciudadanos romanos, tomé nota para ser remitidos a la Urbe. Luego, a lo largo del proceso, como suele suceder, al complicarse la causa, se presentaron varios casos particulares. Se me presentó un memorial, sin firma, con una larga lista de nombres. A los que negaban ser o haber sido cristianos y lo probaban, invocando con una fórmula por mí propuesta a los dioses y ofreciendo incienso y vino a tu estatua, que para este fin mandé traer al tribunal con las imágenes de las divinidades, y *maldiciendo por último a Cristo* -cosas todas que se dice ser imposible forzar a hacer a los que son de verdad cristianos-, juzgue que debían ser puestos en libertad. Otros, incluidos en las listas del delator, dijeron sí ser cristianos, pero inmediatamente lo negaron; es decir, que lo habían sido, pero habían dejado de serlo: unos desde hacía tres años; otros, desde más, y aun hubo quien desde veinte. Todos ellos adoraron tu estatua y la de los dioses y *blasfemaron de Cristo*.

Ahora bien, afirmaban éstos que, en suma, su crimen o, si se quiere, su error se había reducido a haber tenido por costumbre, en días señalados, reunirse antes de rayar el sol y cantar, alternando entre sí, a coro, un himno a Cristo como a Dios y obligarse por solemne juramento no a crimen alguno, sino a no cometer hurtos ni latrocinios ni adulterios, a no faltar a la palabra dada, a no negar, al reclamárseles, el depósito confiado. Terminado todo esto, decían que la costumbre era retirarse cada uno a su casa y reunirse nuevamente para tomar una comida, ordinaria empero e inofensiva; y aun eso mismo lo habían dejado de hacer después de mi edicto por el que, conforme a tu mandato, había prohibido las asociaciones secretas. Con estos informes, me pareció todavía más necesario inquirir qué hubiera en todo ello de verdad, aun por la aplicación del tormento, a dos esclavas que se decían «ministras» (o diaconisas). Ninguna otra

cosa hallé sino una superstición perversa y desmedida. Por ello, suspendidos los procesos, he acudido a consultarte. El asunto, efectivamente, me ha parecido que merecía la pena de ser consultado, atendido, sobre todo, el número de los que están acusados. Porque es el caso que muchos, de toda edad, de toda condición, de uno y otro sexo, son todavía llamados en justicia y Lo serán en adelante. Y es que el contagio de esta superstición ha invadido no solo las ciudades, sino hasta las aldeas y los campos; mas, al parecer, aún puede detenerse y remediarse. Lo cierto es que, como puede fácilmente comprobarse, los templos, antes ya casi desolados, han empezado a frecuentarse, y las solemnidades sagradas, por largo tiempo interrumpidas, nuevamente se celebran, y que las carnes de las víctimas, para las que no se hallaba antes sino un rarísimo comprador, tienen ahora un excelente mercado. De ahí puede conjeturarse qué muchedumbre de hombres pudiera enmendarse con sólo dar lugar al arrepentimiento» (*Epist.*, lib. 10, 96).

3.4. Flavio Josefo, el único historiador judío de la época del que conservamos sus escritos, nos habla en *Antigüedades judías* (año 94 d. C.) de Juan bautista y, en dos ocasiones, de Jesús. Flavio Josefo es un personaje ambiguo, nacido en el año 37 d. C. Lo encontramos en el 67 como jefe de los insurrectos de Galilea, luchando contra los romanos. Capturado por éstos, se pasa al bando enemigo y vive rico en Roma, donde escribe varias obras.

La primera ocasión en la que nombra a Cristo es hablando de Anás el joven, sumo sacerdote, de temperamento impetuoso y sumamente atrevido, perteneciente a la secta de los saduceos, que, cuando son ellos los que juzgan, son más duros que todos los demás judíos. Anás, en el año 62 d. C., «convocó a los jueces del sanedrín y trajo ante ellos *al hermano de Jesús, llamado Cristo* -su nombre era Santiago—, y a algunos otros. Los acusó de haber violado la ley y los entregó para que los lapidaran... Pero todos los habitantes de la ciudad, que eran considerados como los más equitativos y estrictos cumplidores de las leyes (los fariseos), se indignaron por ello y enviaron secretamente a pedir al rey (Agripa II) que no

dejara obrar de esta forma a Anás... El rey Agripa le quitó por esta causa el sumo pontificado que había ejercido durante tres meses, y puso a Jesús, hijo de Damné» (*Ant.*, 20; 9, 1).



Nombre hebreo de 'Jesús', encontrado en un osario del cementerio del Monte de los Olivos.

En la misma obra se contiene otra referencia más polémica, ya que los historiadores, aunque materialmente no lo puedan probar, creen que ha sido retocada por manos cristianas alrededor del siglo III. El párrafo es el siguiente: «Por esta época, *vivió Jesús*, un hombre excepcional, ya que llevaba a cabo cosas prodigiosas. Maestro de personas que estaban totalmente dispuestas a prestar buena acogida a las doctrinas de buena ley, conquistó a muchas personas entre los judíos e incluso entre los helenos. Cuando, al ser denunciado por nuestros notables, *Pilato lo condenó a la cruz*, los que le habían dado su afecto no dejaron de amarlo, ya que se les había aparecido al tercer día, viviendo de nuevo, tal como habían declarado los divinos profetas, así como otras mil maravillas a propósito de él. Todavía en nuestros días no se ha secado el linaje de los que por causa de él reciben el nombre de cristianos» (*Ant.*, 18, 63-64).

El párrafo no está sólidamente vinculado al contexto. El texto que se considera oficial (de Eusebio de Cesarea) dice: «... Hombre excepcional en tanto en cuanto conviene decirle hombre... era Cristo...». San Jerónimo: «Se creía que él era Cristo». Agapios: «Quizá fuera el mesías». Y Miguel el sirio: «Se pensaba que era el mesías». Orígenes dice que Josefo no creía que Jesús fuera el Cristo. Es difícil que un judío diga: «en tanto en cuanto se le pueda llamar hombre» y «era el Cristo».

Ignoramos también por qué Josefo no nos da más noticias sobre Jesús.

Se suelen citar unas frases del *Talmud de Babilonia* que hablan de que «la víspera de la

fiesta de pascua se colgó a Jesús..., por hechicería y haber seducido a Israel», pero parece seguro que el Jesús al que se refiere el texto talmúdico (San. bab., 43 a) no es Jesús de Nazaret, sino Jesu, el discípulo de Jeho- sua ben Perahya (sobre el año 100 a. C.). La grosera leyenda *Toledot Yesu* («vida de Jesús»), además de ser del siglo VI, no es digna de fe.

3.5. Otros datos pudieron haber existido: san Justino (año 110), hablando de los milagros y la muerte de Jesús, alude como prueba a las «*Actas de Pdato*, conservadas en Roma» como relaciones públicas y auténticas (*Apol.*, I, 48; I, 35). También parece que Tertuliano alude a ellas (*Apol*, I, 21). Pero no conocemos rastro alguno de estos documentos.

4. SOBRE EL NOMBRE DE JESUS

En el libro de los Números (13, 8-16), Josué, al principio se llamaba *Hôsea* que quiere decir «salvación». Pero Moisés le cambió el nombre por el de *Yehôsuâ'*, que significa «Yavé salva». Por el fenómeno fonético llamado «disimilación», se convirtió en *Yêsua'*. Así lo encontramos en Nehemías (8, 17), de donde procede el nombre latino de Jesús. Hasta el siglo II d. C., fue un nombre muy corriente entre los judíos.

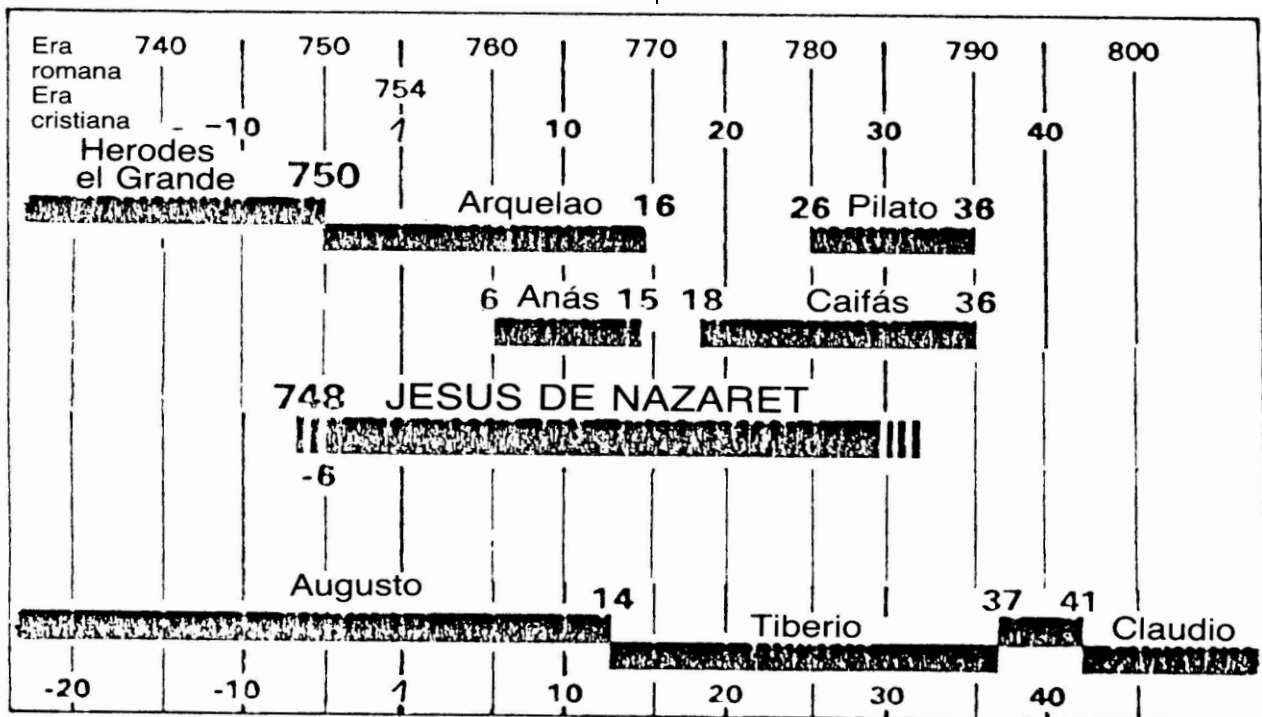
Así, pues, el nombre hebreo de Jesús es *Yêsûa'*. La última letra puede pronunciarse en castellano como j, por lo que suena como *Yêsûaj*. No obstante, es muy seguro que la pronunciación galilea del nombre se comía las últimas letras, resultando así *Yesû*. Precisamente el idioma que habló Jesús fue una variedad galilea del arameo occidental, que se diferencia del arameo de Judea por la pronunciación, por las diferencias de léxico y por las deficiencias gramaticales. A un galileo se le podía conocer fácilmente por su pronunciación.

5. LA EXISTENCIA DE JESUS: DE LA HISTORIA A LA FE

Hemos visto los documentos no-cristianos de la época. Podemos observar que *ninguno niega la existencia real e histórica de Jesús de*

Nazaret. Todos se refieren a él como a alguien concreto y no como a un ser mitológico. En realidad, si a la existencia de Jesús le pedimos más pruebas que a otros personajes, es precisamente porque él tiene actualmente para nosotros una trascendencia que los demás no tienen.

Sin la existencia real de Jesús, no habría lugar para la fe, pero, aunque con documentos históricos hayamos comprobado su existencia, *solo la fe personal podrá hacernos ver en él al «hijo de Dios».*



BIBLIOGRAFIA

- W. Trilling, *Jesús y los problemas de su historicidad*.
 Herder, Barcelona 1974, 15, 60-72, 75-98.
 H. Küng, *Ser cristiano*. Cristiandad, Madrid 1977, 179-205.
 J. Jeremias, *La última cena. Palabras de Jesús*.
 Cristiandad, Madrid 1980, 38-39, 82-83, nota 99.
 Varios, *Flavio Josefo*. Verbo Divino, Estella 1982, 50-52.
 A. Paul, *Intertestamento*. Verbo Divino, Estella 1980, 17-25.

- Ch. Perrot, *Los relatos de la infancia de Jesús*.
 Verbo Divino, Estella 1980, 24-26, 29-35, 52, 61.
 G. Vermes, *Jesús el judío*. Muchnik, Barcelona 1984.
 S. Obermaier, *¿ Murió Jesús en Cachemira ?*
 Martínez Roca, Barcelona 1984.
 Suetonio, *Vida de los doce Césares*. Alma Mater, Madrid 1964.
 Tácito, *Anales*. Gredos, Madrid 1979, XV, 244.
 Flavio Josefo, *Contra Apión*. Aguilar, Madrid 1967.
 Plinio, en Ruiz Bueno, *Actas de los mártires*.
 BAC, Madrid 1968.



ACTIVIDADES

A. Contestar brevemente a las siguientes preguntas, haciendo después una puesta en común:

¿Qué edad se atribuye generalmente a Jesús?

¿En qué se basa este cálculo?

¿Qué fallos tiene esta tradición?

¿Qué episodios de la infancia de Jesús conoces?

¿Nació Jesús en el año 1 de nuestra era?

B. Contestar por escrito a los siguientes grupos de preguntas. Una vez contestadas, confeccionar un breve guión para hacer una exposición en público (especie de conferencia) del tema que resulte con las contestaciones. Una vez que todos individualmente han escrito sus contestaciones y han confeccionado su «guión» («esquema» o «resumen brevísimo»), se elige por sorteo a dos o tres participantes para que, uno tras otro, expongan «sus conferencias»; mientras, los demás escuchan atentamente, anotando lo que se dejan de exponer, lo cual se añade al final de cada exposición:

1. ¿Por qué Jesús no nació el año 1 de nuestra era? ¿Tiene que ver la fecha de navidad con la fecha del nacimiento de Jesús? ¿Por qué? ¿Qué decir de la estrella de los magos? ¿Qué decir de los relatos de la infancia? ¿Qué dato evangélico no coincide con la historia? ¿Es importante?

2. ¿Cómo podemos saber la fecha de la muerte de Jesús? ¿Por qué la semana santa cae cada año en distinta fecha?

3. ¿Qué dicen los testimonios de los historiadores acerca de Jesús? ¿Son favorables o contrarios al cristianismo? ¿Ven a Jesús como mito o como persona real? ¿Es importante para la fe cristiana la existencia histórica de Jesús? ¿Por que?

¿Cuál crees que es el motivo de que la existencia de Jesús preocupe más que la de otros personajes?

4. ¿Basta con creer que Jesús existió para ser cristiano?

C. Construye en papel cuadriculado un cuadro en cuya parte superior consten en

horizontal los años desde el 10 a. C, hasta el 40 d. C. Coloca en el lateral izquierdo del cuadro anterior, uno debajo de otro, los nombres de Herodes el Grande, Arquelao, Pilato, Anás, Caifas, Octavio César, Tiberio César y Jesús de Nazaret.

Pinta con colores, distinto para cada personaje, los cuadritos que vayan desde la vertical del año de su nacimiento hasta la vertical del año de su muerte.

Averigua cuáles son estos años: búscalos en el texto.

Finalmente, comprueba si la vida de Jesús coincidió con la del resto de los nombres.

D. Comentar las posiciones de los que niegan la existencia de Jesús, opinando sobre si creemos que hay mucha gente informada acerca de este tema.

E. Distribuidos en grupos, buscar datos en una enciclopedia sobre los nombres propios que se citan en el texto, organizándoos para hacer más fácil y efectivo el trabajo.

F. Dibujo tipo «comic», en folio o doble folio, en el que los personajes Herodes el Grande, Pilato, Augusto, Tiberio, Anás, un hombre corriente de entonces y un soldado romano den su opinión sobre Jesús



JESUS, EL HOMBRE QUE ES DIOS

En un hombre descubrieron los apóstoles y la iglesia primitiva a Dios. El hombre Jesús de Nazaret reveló en su humanidad tal grandeza y profundidad que los que lo conocieron de verdad, tras un proceso de reflexión, concluyeron: sólo Dios puede ser tan humano. Entonces comenzaron a llamarlo Dios. Se convirtieron en «cristianos».

Lo que de experiencia de Dios hay en las religiones, los cristianos lo encuentran vivo y concreto en un hombre, Jesús de Nazaret, en su vida, en sus palabras y en sus hechos, en su muerte y resurrección.

Pero, ¿cómo puede entenderse que un hombre concreto con su historia individual y datable sea al mismo tiempo Dios? ¿Cómo hacer comprensible y armónica la difícil paradoja de que lo finito es infinito, o lo «totalmente otro» es, no parecido, sino igual a nosotros?

No será a través de un análisis abstracto de los términos «Dios» y «hombre» como nos podemos acercar mejor a este misterio, sino partiendo de Jesucristo mismo. No se trata tanto de hablar sobre él, como de hablar desde él.

¿Con qué palabras podemos expresar esta realidad de la encarnación de Dios? Al hablar y reflexionar a partir de Jesucristo, usamos palabras y comparaciones del mundo cultural que nos rodea, las mismas con las que podemos entendernos con los demás y hacernos comprensibles a nosotros mismos. Nuestros conceptos y fórmulas son el vaso exterior que envuelve el misterio. No sustituyen el misterio, pero quieren comunicarlo, aunque sea de forma imperfecta, siempre dentro del lenguaje comprensible de cada época. Si bien los dogmas no quieren abarcar ni sustituir el misterio, establecen una regla doctrinal y comunitaria de hablar a partir del misterio. Son la fijación verbal y doctrinal, con la ayuda de los modos de expresión que la cultura ambiental ofrece, de las verdades fundamentales del cristianismo para un determinado tiempo.

Por eso, para ser cristiano y ortodoxo no basta con recitar fórmulas antiguas y venerables. Es necesario vivir el misterio que las fórmulas encierran e intentar decirlo siempre de nuevo, dentro de nuestro lenguaje y de nuestro tiempo. Sólo así la fe deja de ser un objeto de museo y se convierte en elemento inspirador de vida y de continua superación en dirección a Dios y a la profundidad humana.

Mantener que Jesús es auténtico hombre y auténtico Dios llevó trabajo a la iglesia antigua. Jesús no es una apariencia de hombre que en realidad ni sufre ni muere, ni un subordinado o criado de Dios, ni siquiera un hijo adoptivo. No es un hombre semejante a Dios, sino de igual naturaleza que Dios (luz de luz), Dios auténtico y hombre perfecto y verdadero.

Pero esta confesión de fe en Jesús lleva consigo la exigencia de imitar su modo de ser como «ser-para-los-otros». La encarnación, por tanto, encierra un mensaje concerniente no sólo a Jesucristo, sino también a la naturaleza y destino de cada hombre.

Si Jesús es verdadero hombre, lo que se afirma de él se podrá afirmar, en alguna medida, de todos los hombres, y podremos así entrever quiénes y cómo somos nosotros mismos. Como Jesús, todo hombre se encuentra en una situación de apertura a la totalidad de la realidad, no solamente al mundo o la cultura. Está abierto al infinito que él entrevé en la experiencia del amor, de la felicidad, de la esperanza, del sentir, del querer y conocer que anhela por eternidad y totalidad. El hombre no quiere ser solamente esto o aquello: lo quiere todo.

Jesús es para nosotros ejemplo tipo del verdadero hombre que cada uno de nosotros debe ser y todavía no es.



BIBLIOGRAFIA

L. Boff, *Jesucristo y la liberación del hombre*. Cristiandad. Madrid 1981, 193-196, 215-216.

LECTURAS

V. Pulle, *Gonzales llamado el Jesús*. Herder, Barcelona 1977, c. 28.
«Imágenes de la fe», n. 120 y 160. PPC, Madrid.

PARA LA REFLEXION DE FE

A.

¿Conocemos suficientemente el pensamiento de Jesús?

¿En qué medida hemos leído con atención el Nuevo Testamento?

¿Qué libros sobre Jesús hemos leído?

¿Qué tiempo y esfuerzo hemos dedicado a conocer a Jesús?

B.

1. Comentar estas frases del comienzo de la película «El mesías» de Rossellini. Hacerlo primero con cada frase por separado y después ver la relación que hay entre ellas.

«Toda la historia tiende a Cristo y viene de él; la aparición del hijo del hombre es el eje de la historia humana» (Hegel).

«Malditos quienes hacen escribir sentencias opresoras para excluir de la justicia a los desgraciados y quitar sus derechos a los pobres» (Isaías).

«La religión es el opio del pueblo» (K. Marx).

2. Temas para diálogo o debate:

¿Vive la iglesia anclada en otro tiempo pasado?

¿En qué se tiene que adaptar a nuestro tiempo?

¿Cuál es nuestra responsabilidad en el tema?

¿Qué vamos a hacer en concreto?

¿Qué juicio te merece la actual situación internacional?

Unos pocos países ricos, cada vez más ricos, cada vez con menos población y más envejecida y, por otra parte, países pobres, cada

vez más pobres, con población creciente y cada vez más joven. Enumerar objetos de uso corriente cuya materia prima es traída del tercer mundo (J. J. Servan-Schreiber, *El desafío mundial*. Plaza y Janés, Barcelona 1982, 144).

C. A la luz de la palabra

Mt 1, 25: Lc puso por nombre «Dios salva».

Mt 5, 43-48: Como vuestro Padre.

Mt 25, 31-46: A mí me lo hicisteis.

Lc 9, 29-37: Haz tú lo mismo.

D. Inspirar la oración y programar el compromiso con el tema de esta canción del padre Aimé Duval.

Por la calle de las Vallas

el hombre pasaba.

Durante la noche

ha tejido lana;

regresa con pena

a la madrugada,

el vestido sucio y la cara pálida.

Vosotros, los que buscáis al Buen Dios
en las nubes, nunca veréis su cara.

Vosotros, los que buscáis al Buen Dios
en las nubes, no le veis cuando pasa.

Por la calle de las Vallas

el Señor pasaba.

Durante la noche

ha tejido lana;

regresa con pena

a la madrugada,

el vestido sucio y la cara pálida.

Vosotros, los que buscáis al Buen Dios
en las nubes, no veréis nunca su cara;

vosotros, los que buscáis al Buen Dios
en las nubes, no le veis cuando pasa.

Aimé Duval